

EL CONTEMPORANEO.

Madrid. — Miércoles 5 de Marzo de 1862.

PROVINCIALES. — 45 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviándolo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscrito, cuestan 50 rs. el trimestre. — Ultramar 80 rs. trimestre, y Extranjero 20 rs. al mes.

Año III. — Número 367.

Edición de Madrid.

MADRID. — 12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demas oficinas del periódico, establecidas en la calle de Traperías (Prado), núm. 20, entresuelo. — También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 11; Cuesta, calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demas principales librerías de esta corte.

ADVERTENCIA.

Un accidente ocurrido al entrar nuestro número en máquina, nos obliga, para no privar á nuestros suscritores de las noticias mas interesantes, á dar medio número.

OTRA.

Mañana, segun costumbre, no se publicará EL CONTEMPORANEO, para dar descanso á nuestros operarios.

MADRID.

4 DE MARZO.

¡Memento homo!... Acuérdese V. E., señor presidente del Consejo de ministros, de aquellos tiempos en que daba programas de Manzanares y en que gritaba ¡viva la libertad! y ¡abajo las camarillas!

Acuérdese de la discusión de la base segunda y del abrazo al general Espartero, y del ametrallamiento de las Constituyentes, y de otras mil cosas por el estilo que deben estar guardadas allá en algun rincón de su conciencia y que le salen á la cara de cuando en cuando, para que no se pierda su memoria.

Acuérdese de que tiene al lado un ministro capaz de hacernos volver á los buenos tiempos de la santa inquisición, para lo cual pone de su parte todo lo que es preciso y algo mas, de lo que son buena prueba las últimas circulares.

Acuérdese de que los resellados y los ex-conservadores abandonaron sus antiguas banderas, y lo mismo harán con la que ahora siguen cuando convenga á sus intereses.

Acuérdese de que los hombres, cuando suben, suelen romper la escalera, como hizo el Sr. Posada con el Sr. Isturiz, y como V. E. con el general Espartero.

Acuérdese de que las glorias del mundo pasan muy pronto para convertirse en miserias, y que el orgullo de los mortales suele abatir la fortuna para escarmiento de la soberbia humana.

Pero verdad es que todo eso no lo podrá recordar el conde-duque, porque como S. E. rechaza las historias retrospectivas, habrá dado al olvido completamente todo lo que pasó de siete años á esta parte.

Sin embargo, nosotros cumplimos con traer á la memoria del hombre político, hoy que es Miércoles de Ceniza, cuanto puede recordarle la conciencia, para ver si le toca Dios en el corazón y se declara arrepentido y penitente.

Entretenidos ahora en materia, ya que no podemos salir de entre los errores cometidos por el gobierno, y dirijamos una rápida ojeada á los asuntos del día.

La cuestión de Méjico sigue su curso, que es un curso en que aprenderá nuestro gobierno lo que le falta saber para mezclarse en los negocios internacionales.

Los periódicos vicalvaristas continúan apoyando la candidatura del príncipe Maximiliano, para que vean en Europa que aqui tenemos verdadero patriotismo.

Le dicen al gabinete que no debe hacer esfuerzos por conseguir ventajas especiales en aquel país, y eso aunque no se lo dijeran lo haría, porque ahí está vivo y patente lo que ha hecho en Cochinchina, que puede satisfacer á los mas exigentes.

A propósito de Cochinchina, añade *La Correspondencia*, que el gobierno se ha empeñado en que Francia ocupe sola aquel territorio, rechazando la parte que se le habia ofrecido.

Perfectamente; esto es lo que se llama mirar por los intereses del país. En cambio, si le ofrecen unos cuantos maravedises, los aceptará al instante, porque así se saldan las cuentas pendientes y se sale del paso lo mejor posible.

Por de pronto tenemos que pagar á Francia cien millones de reales, y eso gracias á la influencia del Sr. Mon, que si no serian trescientos, por todo lo cual el gobierno perdonará tal vez lo que podrian darnos en recompensa del auxilio prestado en Cochinchina, y quedamos en paz, y jugando con nosotros el vecino imperio.

Con quien tambien quedaremos en paz será con el emperador marroquí, puesto que si no nos paga, no cobramos, y asunto concluido.

Los talegueros están ya en Africa hace mucho tiempo, y se volverán con los talegos vacíos.

No en balde dice *La Epoca* que la primera cualidad de los gobernantes es la prevision, porque en cuanto á *previsor*, nadie le gana al actual gobierno.

Diganlo todos los asuntos pendientes, que gracias á la prevision de los gobernantes, ó no se resuelven ó se resuelven mal, que es lo mismo.

Cierto que de todo eso tienen la culpa las oposiciones, pues, como dice *La Verdad*, son impotentes.

Pero para demostrarlo, añade que solo se debe recurrir á *El Diario de las Sesiones del Congreso*. Por nuestra parte, lo único que vemos en el citado *Diario* es, que los vicalvaristas votan y callan, lo cual prueba que están completamente convencidos.

Recordarán nuestros lectores que hace algunos meses tenían los periódicos ministeriales que les servía á manera de comodín ó de perpetua multiplata todas las cosas que hacia mal ó que dejaba de hacer el gabinete, ó por mejor decir, todos los actos ó omisiones oficiales se explicaban segun los órganos de la situación, «por las circunstancias actuales de Europa.»

Si se recordaba que á pesar de las promesas del jefe del gabinete, seguía la nación bajo el régimen administrativo de 1849, que habiendo remediado los males que produjeron las leyes anárquicas de 3 de febrero, habian al mismo tiempo ocasionado gravísimos inconvenientes, entre otros el de sofocar la vida de las localidades por la acción absorbente del poder central, se decía por los partidarios de la situación que *la de Europa no permitía dedicarse á esta clase de modificaciones.* Si hacia resaltar la escandalosa contradicción en que incurria el gobierno dejando en vigor la ley Nocedal, agravando de una manera tan excesiva como arbitraria sus disposiciones, se disculpaba tan inexplicable conducta por las circunstancias gravísimas en que se encontraba la Europa. Si se protestaba contra la apatía del gobierno, ó por mejor decir, si se le acusaba de ser instrumento de aspiraciones y tendencias reaccionarias, nos salían al paso sus encaminadores, manifestándonos que las circunstancias de Europa no permitían á los ministros dejarse llevar como quisieran de sus ideas liberales, realizando sus antiguas promesas.

Pero llegó un momento en que el jefe de la situación manifestó que no tenia nada que hacer, que la política que hasta entonces habia realizado era la que en su concepto debiera seguirse en adelante, y que el periodo que un orador enérgico y elocuente calificó de negativo, no era sino todo lo contrario. Desde entonces desaparecieron de las columnas de los periódicos ministeriales, y en vez de aplazar reformas y de alimentar esperanzas cambiaron de súbito y nos dijeron que la política del gobierno era definitiva y

perfectísima, que la situación era la mejor en el mejor de los mundos posibles.

La situación de Europa, que si no era normal distaba poco de serlo, cuando con ella se querian disculpar los desaciertos del gabinete y las decepciones que á la nación causaba su conducta, es hoy en realidad muy grave, y digna bajo todos aspectos de la meditación y del estudio de los verdaderos hombres de Estado, pues los que componen el órden actual de cosas, dando claras señales de no serlo, se embriagan con las dulzuras del poder, y en nada piensan mas que en asegurarse su posición, para lo cual juzgan que es lo principal satisfacer las ambiciones individuales que en su alrededor se agitan.

Cumpliendo nosotros un deber altísimo, damos la voz de alerta á la nación y al gobierno. Estamos indudablemente en vísperas de grandes acontecimientos, tal vez próximos á una profunda revolución, y en tales circunstancias, es preciso prepararse, porque si los sucesos nos encuentran desprevenidos, se producirán males de mucha trascendencia y no podrán utilizarse los bienes que suelen alguna vez venir mezclados como compensación de sus desastres en el torrente desbordado de las revoluciones.

La solidaridad que une á todas las naciones de Europa es evidente, y de ordinario no acontece en una de ellas un fenómeno de mediana importancia, sin que sus efectos se noten de un modo mas ó menos enérgico en todas las demas. Pues bien: este vinculo efímero es todavia mas fuerte entre las naciones que tienen un origen común: por eso creemos que la agitación que trabaja á Italia y á Francia, no tardará en dejarse sentir entre nosotros, porque todo indica que la raza latina está próxima á atravesar una de esas crisis que son en ella mas frecuentes que las demas que pueblan la Europa.

La dirección del movimiento es clarísima; el principio de libertad y la idea de nacionalidad son las dos fuerzas poderosísimas que impelen en el período histórico en que vivimos á todos los pueblos, y mas que á ninguno á los latinos. Ya sabemos que no faltarán quienes para conseguir un objeto imposible, cual es la resurrección de épocas y de instituciones que pasaron para siempre, traten de poner miedo en todos los espíritus, anunciando que está próximo el triunfo de las ideas disolventes, y que la revolución social llama á nuestras puertas; pero la verdad es que nada hay mas distante que la realización de esas terribles amenazas.

Grande es en estos momentos el malestar que experimenta en Francia la clase obrera, pero sus individuos tienen ya aprendido en virtud de una saludable, aunque dolorosa experiencia, que la cuestión social no se resuelve ni puede resolverse á priori, y que el intentar solo un cambio en los hechos económicos, tales como existen, lejos de mejorar su posición, la agrava en tales términos, que la escasez se convierte en hambre á la que siguen como cortejo obligado la mortandad y la anarquía.

Lo que siente Francia, lo que necesita ese gran pueblo, como dan á conocer todos los síntomas, es mayor suma de libertades políticas que la que ahora goza, y si mañana estallase allí una revolución, su objeto sería solamente el conseguirla. Pero aunque supusiéramos que iban de nuevo á agitarse los problemas mas pavorosos, aun cuando amenazaran salir de madre todas las malas tendencias del corazón humano, estamos persuadidos de que la reacción no es ni puede ser remedio eficaz para tamaños males.

La experiencia de 1848 está muy reciente, y sus

ejemplos no deben olvidarse. Todas las naciones de Europa sufrieron entonces conmociones mas ó menos profundas, fueron espantosas allí donde el despotismo obra con mayor energía, y se creía mas seguro por lo mismo que contaba con la fuerza, no alterándose la marcha regular de la vida pública en las naciones que como Bélgica é Inglaterra gozaban de un régimen verdaderamente liberal.

Estos hechos, que hablan tan alto en contra de los que sostienen la necesidad de apoyarse en la fuerza son consecuencia precisa de lo que la razón, natural enseña en órden á la fisiología de los pueblos. La violencia ejercida contra el mayor número no puede prevalecer mucho tiempo, y de todos modos no puede producir mas que una situación anómala é insostenible. Mil veces lo hemos dicho; no hay mas gobiernos sólidos que los que se apoyan en la opinión, y por eso, lejos de ahogarla, lejos de procurar que no se manifieste, es indispensable facilitarle todos los caminos y provocar su juicio.

Por eso nosotros no tenemos mas que una fórmula salvadora, un medio de desvanecer las tempestades que nos amenazan, y esa fórmula es ese medio es la verdad del régimen constitucional, debiendo advertir que será ineficaz su aplicación si fuese tardía; por eso creemos que urge hoy mas que nunca dejar espedito el pensamiento, rompiendo las trabas que encadenan la imprenta, para que inmediatamente sea consultada la opinión de los colegios electorales con sinceridad, sin recurrir para traer mayorías ficticias á los milagros que obra la influencia moral; primero, en la rectificación de las listas, y luego, en el acto de las elecciones. Si se obra así, no vendrán á representar el país los dependientes del gobierno que están siempre dispuestos á apoyarle y á aplaudirle, sino los que conozca las verdaderas necesidades públicas, y traigan la voluntad de revelarlas. Si han de tener lugar estos hechos indispensables, podrán seguir al frente de los negocios públicos los que han perseguido á la prensa mas duramente que lo que permite una ley calificada por ellos mismos de draconiana; los que han hecho elecciones como las últimamente verificadas; los autores de las circulares que vieron la luz pública en el verano anterior, en una palabra, podrán realizar el sistema constitucional los que han sustituido á todos los principios políticos una negación absoluta, convirtiendo la gobernación del Estado en medio de satisfacer ambiciones y de corromper conciencias. Dejamos al juicio de nuestros lectores el determinar hasta qué punto pueden agravar los peligros que nos amenazan las condiciones y circunstancias en que actualmente vivimos.

Son tales y tan inauditos los escándalos y atentados que han tenido lugar con motivo de las elecciones para diputados provinciales en el distrito de Orgiva, que tenemos á la vista varias cartas de personas que nos merecen la mayor confianza, en las que se describen sucesos de tal naturaleza, que parece imposible que se hayan verificado en España.

El candidato de oposicion era el Sr. D. José Lledó, persona de grande arraigo y de mucha influencia, no solo en Orgiva, sino en toda la provincia de Granada. Así es que desde el primer día se conoció que sería derrotado el Sr. D. Manuel Agustín Ledesma; á quien indudablemente apoyaba el gobierno, supuesto que trabajaban por su triunfo ahincadamente el Sr. D. José Vazquez, oficial del gobierno civil de Granada, y el Sr. Paso y Delgado, diputado de la mayoría.

En la seccion de Dúrcal pidieron tregua los amigos del gobierno, y sus adversarios fueron tan

generosos, que contando con una mayoría tal, que representaba mas del doble de los amigos de la situación, le concedieron participación en la mesa. Pero viendo que el resultado obtenido en el primer día por los amigos del Sr. Lledó aseguraba definitivamente su triunfo, mal aconsejados sus adversarios, recurrieron desde el segundo á todo género de amenazas y de violencias, debiéndose únicamente á la casualidad que no se verificase una colisión terrible y sangrienta. En este día se apaleó al secretario del pueblo de Corvijar, y se arrojó por las escaleras del colegio al Sr. Niguelas, amenazándole con una pistola para que callase y abandonara el local, causándole una herida, aunque leve, y siendo público, que además se trató de maltratar de hecho á los señores Lledó y D. Nicolás Galdon.

El tercer día de elecciones, las cosas llegaron ya al último extremo, pues tres individuos que se decían públicamente sobornados por los enemigos del Sr. Lledó, le amenazaron de muerte, asestando pistolas contra su pecho, rasgándole el traje y exigiéndole so pena de la vida que renunciase á su triunfo. Estas violencias hicieron perder el conocimiento al candidato de oposicion, que fué llevado á una casa, donde momentos después fueron conducidos los secretarios escrutadores D. Antonio Pagés y Collantes (de Lanajon) y D. Luis Monton y Ruiz (de Padul). Allí, segun nos refieren, les amenazaron con la muerte, si no firmaban un acta falsificada que les presentaron; pero estos señores tuvieron toda la energía y valor cívico necesarios para resistir á tan atroces intimidaciones.

No faltaron personas que diesen noticias de lo que ocurría al gobernador civil de la provincia, al juez de primera instancia de Orgiva y al comandante de la guardia civil, que presentándose instantáneamente en Dúrcal, solo encontró en la casa á que antes aludimos al Sr. Lledó, habiéndolo grado escapar de las garras de sus temibles enemigos los Sres. Pagés y Monton.

Es de suponer que á estas horas se esté instruyendo la debida sumaria en averiguación de tan inauditos sucesos, y aunque esperamos que los tribunales castigarán como merecen hechos tan graves, escitamos el celo de todos los que entiendan en este asunto para que el castigo siga inmediatamente al crimen, porque se trata de una cosa mucho mas grave que la lesion de un derecho individual, pudiendo influir eficazmente en la conservación del órden público, y para que en adelante se verifiquen esos actos políticos, que son los mas importantes de la vida de los pueblos, con la calma, con el órden y con la seguridad necesarios si han de dar á conocer la verdadera opinión de los ciudadanos pacíficos y honrados.

Estamos muy lejos de creer que el gobierno haya aconsejado ni permitido que la violencia lleque á extremo á que, segun nos informan, ha llegado en las últimas elecciones verificadas en Orgiva; pero es casi imposible contenerse en ciertos límites cuando se adopta una línea de conducta que no es la debida.

De la influencia moral á la coacción no hay mas que un paso, y de esta al empleo de la fuerza en toda su repugnante desnudez, la distancia es todavia mas corta; por eso creemos que si la responsabilidad legal de lo ocurrido en este negocio no se puede exigir al ministro de la Gobernación, es indudable que todo el mundo verá en los precedentes que el Sr. Posada ha sentado en materia de elecciones la causa remota de los escándalos que denunciamos.

Tan cierto es esto, que en la seccion de Dúrcal, teatro de los sucesos que hemos referido, se habla el Sr. Vazquez, oficial del gobierno civil de la

FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

LOS DRAMAS DE PARIS

EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

SEGUNDA SERIE. — TERCERA PARTE.

EL TESTAMENTO DE GRANO-DE-SAL.

—¡Si querál! exclamó Victor con acento de autoridad. Adios, hermanita.

Y dándole un beso en la frente, regresaron ambos al castillo...

Una hora despues montaba á caballo Victor de Passe-Croix y fingia dirigirse á los Rigoles.

Flavia, por su parte, se encamino al pabellon del parque y en el momento en que empujaba la puerta se oyó un grito semejante al del mochuelo y que sin duda era una señal para Flavia de Passe-Croix.

Así era como en otro tiempo anunciaba su llegada el conde Main Hardye á Diana de Morfontaine.

Octavio de Cardassol no habia exagerado en lo mas mínimo la verdad de los hechos, y todo sucedía del modo que él le refiriera.

Un gusete que hacia mucho tiempo se aleja de los caminos frecuentados, llegaba á la pared del parque, deteníase en el centro de una espesura de pinos y abetos y ataba su caballo.

Era M. Alberto Morel. El huésped de los Montalet, permanecía algunos segundos al lado de su caballo antes de dirigirse á una brecha practicada en la cerca del parque, y escuchaba atentamente.

Esta vez no oyó nada. Hacía una hermosa noche.

—¡Al diablo la luz de la luna! murmuró. Las noches claras no son de mi gusto. Felizmente hay en el parque una alameda muy sombría, y por ella me dirigirá al pabellon.

M. Alberto saltó al parque, bajó á lo largo de la cerca, y despues ganó, casi arrastrándose, la alameda de que habia hablado.

Ya en ella volvió á levantarse y adelantó tranquilamente.

Los árboles eran muy frondosos, y no dejaban penetrar la luz de la luna.

Al final de aquella alameda se alzaba el pabellon, atravesado de cuyas persianas cerradas, pasaba un rayo de luz.

M. Alberto Morel, apresuró el paso, y aun no habia llegado al único escalon que tenia que subir, cuando se abrió la puerta.

En el dintel apareció Flavia; su corazón palpitaba con violencia.

—¡Ah, sois vos, amigo mio! ¡Al fin sois vos!

—¡He tardado mucho, adorada Flavia?

M. Alberto Morel entró en el pabellon, y se llevó á los labios la bonita mano de Flavia.

Esta cerró la puerta, en seguida se sentó al lado de M. Alberto Morel, y le dijo:

—Sí, amigo mio, habeis tardado mas de una hora.

—¿De veras?

—Y esa hora me ha parecido mortal.

—¡Querida Flavia!

—Porque tengo que comunicaros noticias agradables.

M. Alberto Morel tembló, y miró á la jóven sorprendido.

—Sí, sí, mi querido Alberto, añadió asiéndole las manos; muy buenas noticias.

—Vamos, hablád: os escuchó.

—Mi hermano nos auxilia....

—¿Vuestro hermano?

M. Alberto palideció.

—Sí, mi hermano: mi querido Victor. Creo que le conocéis.... como él os conoce....

—En efecto.

—No habeis cazado todo el día de hoy con él?

—Es verdad.

—¡Pues bien! Le habeis agradado, Alberto mio, y se declara protector nuestro....

—¡Luego se lo habeis confiado! exclamó M. Morel con despecho.

—Ha sido preciso.

—¿Cómo! ¿Qué quereis decir? preguntó el marino.

—Victor lo sabia todo....

—Os chanceáis....

—¡No! os lo juro.

—¡Pero si es imposible!....

—Esta noche ha venido.

—¿Aquí? ¿A la Martinière? ¡Ah! exclamó M. Morel, que habia oido anunciar en los Rigoles la marcha de Victor á la granja del Bas-Coin. Y dirigió á la señorita de Passe-Croix esta pregunta, estraña al parecer á la situación:

—¿No teneis una granja llamada Bas-Coin?

—Sí, ¿por qué?

—¿Está cerca de la Martinière?

—No; á tres leguas de distancia, en dirección á los Rigoles.

—Entonces, murmuró M. Morel, lo comprendo....

Vuestro hermano ha debido tener noticia de todo. Pero....

—Pues bien, dijo Flavia que seguia equivocandose acerca de la emoción de M. Morel; pues bien, alegraros, amigo mio.

—¿Por qué? preguntó M. Morel.

—Porque se aproxima la hora de nuestra felicidad.

—¿Pues?....

—Victor tiene una grande influencia sobre mi padre.

—¡Ah!

—Y mi padre accede á todos sus deseos.

—¿Lo creéis así?

—Respecto á mi madre, es cosa que corre de mi cuenta, añadió Flavia. Mi madre hará lo que yo quiera.

M. Alberto Morel estaba livido.

Flavia prosiguió con volubilidad infantil.

—Victor quiere que nos casemos inmediatamente....

—Pero, querida Flavia, exclamó M. Morel, que se hallaba como en un suplicio; ¿no sabéis que eso es imposible?

—¡Imposible decís!.... ¡Oh!....

Y Flavia se irguió vivamente, como si tratara de alejarse del hombre que anaba.

—¡Sin duda!.... Oividais que mi tio.... dijo M. Mo el.

—Vuestro tio no morirá porque ambos le cuidaremos.

No necesitamos su fortuna, puesto que sois rico y que yo tambien lo soy; ni su nombre, toda vez que mi padre consentirá en que me llame la Sra. de Morel.

—¡Vuestro padre no consentirá en ello! exclamó M. Morel con voz alterada.

—¡Sí tal, ¡pues Victor lo quiere! dijo ella llena de confianza.

M. Alberto Morel, movió la cabeza.

—¿Con que vuestro hermano ha venido á la Martinière? preguntó con brusco acento.

—Ciertamente.

—¿Y permaneció aun aquí?

—No.

—¿Dónde se halla?

—Ha marchado á los Rigoles.

M. Alberto respiró.

—Pues bien, dijo; mañana le veré en los Rigoles, y hablaremos.

—Ya vereis, amigo mio, que mi hermano alcanza de mi padre cuanto quiera.

—¿Lo creéis?

—¡Oh! ¡Estoy segura de ello! exclamó Flavia.

—¡Diablos! ¡Diablos! pensó M. Alberto Morel, gracias á ese atroz idolozavete, se van enredando las cosas de una manera muy singular. Pero, ¿cómo ha sabido?...

¿Luego hay en las inmediaciones alguien que conoce mi secreto?....

Flavia tomaba la turbación de su amante por alegría, y su emoción no le permitía conocer su error. Así, pues, pasó á su lado mas de una hora, formando para el porvenir mil proyectos de felicidad.

Le amaba tanto!....

M. Alberto Morel concluyó por dominar completamente su turbación, y volvió á encontrar aquella sonrisa seductora y aquella mirada impregnada de melancolía que tanto influjo tenia sobre el corazón de la jóven.

Mostróse mas tierno y apasionado que nunca, y cuando se puso en pié para alejarse, supo verter una lágrima de alegría, que Flavia secó con un beso.

Cuando M. Alberto Morel salió del pabellon, eran cerca de las dos de la madrugada.

La luna seguía brillando en el cielo, y el prudente rondador nocturno se alejó por la oscura alameda que ya conoce el lector.

Al par que se alejaba, dirigiase M. Alberto Morel este singular razonamiento:

—Empiezo á creer que corren malos aires en los Rigoles y en la Martinière.

Si fuese yo dueño de mis acciones, esta misma noche marcharía á París, pero soy esclavo de los otros, y no sé cómo acojerán las noticias que voy á trasmitirles sin pérdida de tiempo.

Habia llegado M. Morel al fin de la alameda, y se disponía á saltar la tapia del parque, cuando de pronto vió aparecerse un hombre.

El rondador nocturno dió un paso atrás; pero el hombre dió otro adelante, levantó la mano, y M. Alberto Morel vió brillar el cañon de una pistola.

Al mismo tiempo una voz que le era conocida, le dijo:

—¡Caballero, si retrocedéis, os mato!

M. Alberto no llevaba mas arma que un látigo.

Comprendió, pues, que la partida no era igual, y que

le convenia mas prestarse á la esplicación que al parecer le exigian.

—Detóvole, pues; y permaneció inmóvil y con los brazos cruzados.

El hombre de la pistola, que no era otro que M. Victor de Passe-Croix, se aproximó del todo á M. Alberto Morel, y apoyó una mano sobre un hombro de éste.

—Caballero, le dijo: ¿sabéis que estais en mi casa?

—Lo sé, caballero....

—¿Qué es de noche, y que habeis penetrado en mi parque, que es cerrado?

—Sólo eso, caballero.

—¿Y que la ley me autoriza para mataros?

—Alberto Morel se sonrió.

—No soy un ladrón, dijo.

—No; pero venis de ver á mi hermana.

—Lo confieso.

—Mi hermana os ama....

—¿Si, señor.

—¿La amais vos?

—¡Con toda mi alma, caballero!

La mirada de Victor brilló cual si tratase de leer en el alma de M. Alberto Morel.

—¿Es eso cierto? dijo.

—Os lo juro.

Victor añadió:

—En ese caso, caballero, es forzoso apresurarnos....

M. Alberto volvió á temblar.

